

BORGEN: ENTRE EL IDEALISMO Y EL PRAGMATISMO POLÍTICO

LUIS FERNANDO
AFANADOR

Hay muchas series sobre política. Y hay muchas series con políticos malvados, algunas hasta un grado superlativo. Por eso *Borgen*, la serie de la televisión pública danesa, que en Colombia tuvimos oportunidad de ver a través del canal Sundance, resulta una propuesta diferente y estimulante. *Borgen* —la forma coloquial como los daneses llaman al Palacio de Christianburg, sede de los tres poderes y oficina del primer ministro— está centrada en Birgitte Nyborg, líder del partido Moderado, partido de centro y minoritario que llega al poder gracias a un hecho que no es secundario: no aceptó métodos sucios para derrocar al primer ministro. Birgitte Nyborg tiene ideales y principios pero además es una política pragmática y ambiciosa.

En cada capítulo, el contrapunto del tema público y el privado crea un clímax suficiente para cautivar al espectador sin necesidad de manipulaciones ni violencia.

Y Dinamarca, por supuesto, no es ningún país ideal. Allá, como en cualquier otro, hay extremistas de derecha y de izquierda, grandes empresas que hacen lobby, intereses oscuros, medios de comunicación en busca de *rating* y amarillistas, traiciones y deslealtades, y

también conflictos y dramas personales: la bien llevada alternancia y dialéctica entre lo público y lo privado —“*Borgen* es mi segunda casa”— es el signo distintivo de esta serie.

Borgen dura apenas tres temporadas de diez capítulos —otra diferencia con las series actuales, cuya duración promedio son siete temporadas y noventa capítulos—. Y, a cambio del acostumbrado melodrama y suspenso, propone otra cosa: intensidad. En cada capítulo, el contrapunto del tema público y el privado crea un clímax suficiente para cautivar al espectador sin necesidad de manipulaciones ni violencia. Eso sí, al igual que otras grandes series, su creador sabe que la ventaja de tener a disposición muchas más horas que una película permite construir los personajes a fondo, en varias dimensiones, con mucha complejidad, con matices y contradicciones, lo cual los enriquece.

El primer arco narrativo está dado por la llegada de los Moderados al palacio de *Borgen*. Kasper Juul, el hábil asesor de medios de Birgitte, se entera de una información que compromete al primer ministro, Lars Hesselboe, del partido liberal. Como Birgitte se niega a usarla, termina siendo utilizada en un debate

televisivo por Michael Laugesen, líder de la oposición y cabeza del partido de los Trabajadores. Su oportunista utilización se le convierte en un boomerang: cae el primer ministro, pero él pierde el apoyo de sus copartidarios y es expulsado del partido, enfrascado por su culpa en disputas internas. Así, los Moderados, pese a tener menos escaños que los Trabajadores, quedan al frente de la coalición y con Birgitte Nyborg como primera ministra, la primera mujer en Dinamarca en llegar a ese cargo. Una coalición frágil, amenazada cada vez que el partido de los Trabajadores aumenta sus pretensiones al subir su favorabilidad en las encuestas. Al primero que tendrá que sacrificar Birgitte será al veterano Bent Sejrø, ministro de finanzas y su fiel asesor y entrañable amigo.

No solo hay que lidiar con la inestable política local. Dinamarca, pese a ser un pequeño país de cinco millones y medio de habitantes, tiene vocación de liderazgo mundial. Ayuda a los países pobres, interviene en África en procesos de paz, hace parte de la coalición contra los talibanes. El desgaste político hace su aparición y la apretada agenda de Birgitte le quita tiempo destinado a su esposo y a sus dos hijos. Philip sacrificó su carrera cuando ella se dedicó a la política. Y a la hora de ser recompensado, ella se ha convertido en primera ministra y le pide, además, que renuncie por incompatibilidad a un importante cargo en una empresa. La crisis del matrimonio se avecina y para mantener la imagen de familia unida se sirven de TV1, el principal canal de televisión. Ahí hace su aparición Katrine Fønsmark, una periodista talentosa que tiene conflictos con Torben Friis, el jefe de noticias del canal, porque ella no hace concesiones. Cuando Katrine descubre el montaje, orquestado nada menos que por Kasper Juul —con la anuencia de Torben—, su expareja y asesor de Birgitte, renuncia y se va a trabajar como reportera al diario *Ekspress*, cuyo editor es un antiguo directivo del partido del Trabajo, que utiliza el amarillismo y el chantaje para urdir sus venganzas políticas. Efectivamente, “algo huele mal en Dinamarca”, como decía Hamlet. Era preferible TV1, y de hecho Katrine regresa allí —su calidad periodística es valorada por el ambiguo Torben—, aunque el panorama ha

empeorado: hay un nuevo jefe de programación, por encima de Torben, que lo tiraniza con el *rating*. En el mundo contemporáneo, la política es esclava de los medios y los medios lo son del *rating*. Es algo innegable, una realidad ineludible. Pero los personajes de la serie, de alguna manera, en mayor o menor medida, se rebelan contra eso. No hay fatalidad, ni fundamentalismo, ni esencias puras en el mundo de Borgen.

El brillante y exitoso Kasper Juul, el escudero de la primera ministra ante la jauría de los medios y la oposición, tiene unas zonas sombrías en su pasado, que saldrán a relucir cuando un miembro del partido liberal —en Dinamarca, de derecha, aunque todos los nombres son ficticios— presenta un proyecto de ley que rebaja la edad de responsabilidad penal de los 14 a los 12 años, al que se oponen los Moderados. Después de un debate en el parlamento, en un pasillo, Kasper agrede verbalmente al ponente del proyecto y a través de *flashbacks* lo vamos entendiendo: Kasper fue abusado sexualmente por su padre —y amigos de su padre— con la complicidad de su temerosa madre, hasta que un día decidió defenderse: lo atacó con un cuchillo y lo hirió. Fue absuelto porque entonces tenía 13 años.

Mientras tanto Birgitte, que ha presentado un importante proyecto para reformar la salud, que incluye una ley para prohibir que el Estado les dé dinero a las instituciones privadas y así liberar recursos para asumir esa función, vive al tiempo una crisis de su hija, quien ha dejado de usar su droga psiquiátrica. Es llevada a una clínica de rehabilitación privada, y cómo no, con subsidios del Estado. Una contradicción que explota el periódico *Ekspress* a su manera amarillista: tomándole fotos a su hija —lo cual agrava su salud mental—. Ante el escándalo, la directora de la clínica, que ve en peligro el respeto a la intimidad de los otros pacientes, le pide a Birgitte que se lleve a su hija. Ante esa disyuntiva, Birgitte opta por pedir una licencia —su presencia es clave para la recuperación de su hija— y dejar como primer ministro encargado a Thorsen, del partido del Trabajo. En su ausencia, Thorsen se dedica a opacar la figura de Birgitte y a sacar ventaja a su favor. Cuando su hija mejora y ella retoma el cargo, le hacen

En el mundo contemporáneo, la política es esclava de los medios y los medios lo son del *rating*. Es algo innegable, una realidad ineludible. Pero los personajes de la serie, de alguna manera, en mayor o menor medida, se rebelan contra eso.

un debate en el parlamento por la incompatibilidad entre su género y los asuntos de Estado. Sí, en la civilizada Dinamarca, la cuestionan por ser mujer, una mujer en la política. Finalmente, logra que se convoque a nuevas elecciones.

Los anteriores episodios son emblemáticos de la serie en su intención de combinar lo privado con lo público y hacer de la política un tema atractivo. Sobresalen entre otros episodios de calidad. Por cierto, cada uno de ellos parece la respuesta a la frase de un gran pensador de la política que es citada al comienzo: “Algunos cambian de partido para defender sus principios, otros de principios para defender su partido” (Winston Churchill). Este es el epígrafe de un episodio cuyo tema es el dilema de un dirigente político: su partido ha votado por una ley antiinmigración y su esposa es de Kenia.

El segundo arco narrativo está construido desde la oposición. Han pasado dos años y medio, el partido Moderado ha perdido las elecciones y el primer ministro es Hesselboe, del partido liberal. Birgitte, que se dedica a dar charlas por el mundo para una empresa privada, termina retirándose y busca regresar a su partido, dirigido por Jacob Kruse, su rival, quien no la acepta. Ella pide una votación y pierde. Decide entonces fundar un nuevo partido, Los nuevos demócratas. Sabe que los Moderados, en la coalición de gobierno en la que participan, no defendieron ninguno de sus postulados en temas de derechos humanos, inmigración, economía y medio ambiente. Recluta a Katrine como asesora de medios, al político conservador, a su amigo Bent, a otros conocidos y a un brillante economista, antiguo militante de izquierda, al que los enemigos macartizarán por su pasado. ¿Cómo recuperar el poder? Los dilemas éticos de la oposición no son menores. Hay escasez de recursos en las arcas del partido, de una parte, y hay, de la otra, una donación millonaria de la empresa que pide soterradamente una

pequeña contraprestación. Birgitte, luego de ser destrozada en un debate televisivo, ¿debe hacer público que estaba en un tratamiento por un precáncer o lo utiliza como manipulación? Su hija, por presión de Kruse, ha vuelto a ser asediada por la prensa amarilla, ¿debe Birgitte utilizar una información disponible sobre una conducta indebida de Kruse años atrás?

Cuando Los nuevos demócratas se encuentran estancados, a punto de diluirse en la masa indiferenciada de la oposición, Birgitte se la juega por unas ideas propias, que les den identidad. Ser consecuente no riñe con tener una estrategia para ganar porque de eso se trata la política: influir con lo que se considera lo mejor. Un pequeño partido naciente, con apenas trece escaños en el parlamento, gracias al juego político, puede aspirar a tener de nuevo un primer ministro. Y a ella le gusta “tener ese poder” que permite hacer al día siguiente lo que se pensó hoy. Tal es la oferta del partido del Trabajo, con el cual gobernó antes, en una frágil alianza plagada de traiciones e inestabilidad. ¿Es mejor eso que negociar con los liberales mayor estabilidad? ¿Es mejor que ellos, así estén más lejanos ideológicamente, pongan el primer ministro a cambio de algunos puestos claves y el compromiso de implementar las políticas que más les interesa llevar a cabo? ¿Qué escogerá Birgitte, una líder tenaz, a la vez idealista y pragmática? Vale la pena saberlo, vale la pena ver esta serie que nos muestra cómo se sobrevive en la “selva oscura” de la *realpolitik*. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.